

DIRECTOR,
D. NICOLÁS FORT Y BOLDAN.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Tres meses en Madrid..... 4 rs.
Trimestre en provincias... 3 »
Se publica los días 5, 15 y 25
de cada mes.

LA VELADA.

PERIÓDICO LITERARIO.

ADMINISTRADOR,
D. ENRIQUE SAN MARTIN.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Redaccion, S. Lorenzo, 17, 4.ª
Administracion, Humilladero,
núm. 3, principal.—Librería
de S. Martin, Puerta del Sol.

AÑO II.

Madrid 25 de Enero de 1873.

NÚM. 3.ª

GUSTAVO BECKER.

¿Habeis leído á Gustavo Becker?

¿No conoceis á este autor? ¿Os encojeis de hombres? Creed que no me estraña vuestro aparente desdén.

Yo recuerdo haber leído sus leyendas en una lujosa habitacion de un magnífico palacio: empezaba á recorrerlas con ese cuidado del que examina por primera vez una pasion que no ha observado nunca, y á los pocos renglones gozaba el sentimiento triste, lánguido de aquella existencia que parecia haber venido al mundo para ir describiendo una á una las impresiones todas de un corazon de niño.

Y estaba en el sitio ménos á propósito para saborear el lirismo del nuevo poeta. Rodeado por todas partes de materialidades, respirando una atmósfera corrompida, pisando un suelo cortesano, nada más distante de aquellas sensaciones de un pecho juvenil, ideas melancólicas ante un monumento de las pasadas edades, ante la verja de un convento, ante la estatua de un monasterio derruido por el tiempo y por los hombres.

Sin embargo, recuerdo todavía aquellos breves momentos, como horas fugitivas en que se goza y se sufre con una misma pasion. Despues, no he vuelto á leer esa obra original apenas conocida por algunos curiosos, y á pesar de todo, siento un deseo indefinido de admirarle algo más que en secreto y ya que no llegar á imitarle, vulgarizarle si pudiera, para que todo el mundo amase las dulces leyendas de un mártir de la vida.

Gustavo Becker ha muerto: sus obras póstumas han sido impresas dos años hace por alguno de sus buenos amigos: personalmente no le he conocido nunca; cuando recorrí sus producciones, le he saludado en silencio como un génio del porvenir.

Cuatro años no pasaron desde que ha dejado de existir, y la gloria no ha besado su frente. La gloria es una imágen singular, que solo protege al espíritu del hombre cuando está su cadáver descompuesto: acaso no puede comprender que en unas facciones perfiladas todavía, se haya estinguido aquella concepcion vigorosa que despertaba las emociones del alma.

Todos los hombres al nacer gozamos por partes iguales una imaginacion que concibe, un pensamiento que coordina y una pasion que realiza. Cuando el hombre al entrar en la juventud, tiene medios suficientes para dar vida y calor á las aspiraciones de la infancia, pierde algo de su imaginacion, un poco del pensamiento, para enriquecerse de pasiones. Pero si obstáculos materiales se oponen á la vehemencia de nuestras ideas, á medida que falta la pasion, crece el sentimiento del hombre: de aquí el destino tristísimo de los grandes poetas; esta es la razón por qué la miseria se hermana casi siempre con la gloria.

Becker ha sufrido mucho, y por eso ha definido tan bien sus mismas sensaciones; sentia una opresion en el pecho, que le ahogaba; conocia el fin de aquella vida sin objeto material, y buscaba en la soledad de una celda el retiro donde pudiera recordar, elevándose á Dios, *cuán solos se quedaban los muertos*.

Becker, nacido en un clima meridional, huérfano desde su más temprana edad, era impresionable por nacimiento y carácter: para él un ligero ruido era la mujer que huia de su lado, la plegaria de una virgen el *amor que pasaba*.

Allá en sus primeros años, cuando empieza á conmover esa pasion helada que se llama lo gloria, sus pasos se dirigian al más retirado lugar de las orillas de un rio, y entre cuatro árboles seculares, la corriente que corria y un cielo purísimo, imaginaba el sencillo monumento de su futura inmortalidad: ante él vendrian á reflexionar los filósofos de otras edades; ante él llegaria á detenerse alguna pareja de enamorados en las noches del estío para murmurar en voz baja, como si temieran evocar la vision: aquí descansa un poeta.

Más tarde Becker pisó este suelo manchado de lodo, se fijó en estas mujeres que entregan su belleza, á quien ofrece más; en estos hombres que venden sus talentos; en estos viejos que ridiculizan la sociedad y aceptan sus viciosas costumbres; y al buscar algo de la divinidad que soñaba, vino la fria decepcion á martirizar su existencia y sintió en el interior de su pecho ese mal que destrozan tantos sentimientos juveniles, el mal del corazon. Comprendió que su vida se apagaba, que estaban contadas las palpitaciones de su pecho, y entónces quiso dejar al mundo algo de su talento: las ideas que ocupaban su cerebro y que se

movian, se encontraban ó repelían ó iban á perderse en el espacio del olvido para ser reemplazadas por otras concepciones más atrevidas, más ideales quizás.

Algunas veces aquella intranquilidad de su espíritu iba apagándose por grados sucesivos, y desechaba aquellas quimeras, nécias para él. En aquellos momentos olvidaba su monumento de las orillas del río, la plegaria de los jóvenes, la gloria de su genio, y quería descansar en un cementerio de aldea, silencioso siempre sombreado por las pendientes ramas de un melancólico sauce.

Gustavo Becker tenía un hermano pintor, Valeriano: el uno concebía, el otro realizaba aquellos ensueños de la locura. Valeriano no poseía en todas ocasiones los materiales para dar principio á su obra: Gustavo no podía terminarlas por sobra de imaginación. El pintor soñaba con un hermoso taller, lienzos preparados, completa independencia y una vida sosegada en medio de la intranquilidad de su frente; el poeta no podrá definir sus propias sensaciones: su esperanza era ilimitada, un deseo que no pudiera realizarse jamás.

Unidos por dos estrechos lazos, la familia y la desgracia, vivían juntos, gozaban con unos mismos placeres y viajaban reunidos. Amantes de lo extraño, de lo grande y misterioso, tres impresiones que elevan á la gloria, á Dios y á lo infinito, sentía una necesidad imperiosa en vagar por las calles solitarias de una ciudad imperial, ó en recorrer por la noche sus alrededores para meditar largas horas sobre algunas ruinas tibiamente iluminadas por una lágrima de la luna: el vulgo los tomaba por locos, los labriegos por fantasmas, y por bandidos los agentes de la autoridad.

Gustavo Becker iba estinguéndose poco á poco antes de gozar la juventud de su vida: escribía mucho, ideaba más, luchaba con un fastasma y una duda, la gloria y la eternidad, y aún vivía sin embargo en una esfera ideal á donde no pueden llegar esas almas vulgares que marchan como el mundo marcha, dejando pasar lentamente las horas de los días, y los días de los años, como verdaderos autómatas.

Él no pensaba en la materialidad de su juventud, era un esclavo de la imaginación, viviendo con todo lo inmenso y lo inconcebible: el mundo del más allá era el olvido, ó un recuerdo tan dulce como la memoria de un padre que ha dejado de existir; sus leyendas se reducían, ora á la armonía de un órgano conmovido por manos desconocidas, ora al crujido de los cráneos al chocar unos con otros, ora al leve roce de dos hojas que se arrastran por un suelo enlodado y cuentan los amores de otro tiempo, ora al ruido que hace la tapa de un caldero al levantarse en el hogar para de-

jar escapar una cantidad de espuma que hierve en los tizones, ó ya el canto de una niña bajo las hojas de una palmera; y en fin, sus amores se dirijían á un rayo de luna que perfilaba el contorno de una mujer irrealizable ya, ó bien al beso de una existencia mágica, sin colores, al *imposible* en que creía.

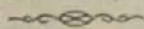
Y cuando despertaba de semejantes quimeras y volvía á la vida real, sentía romperse en su pecho otra esperanza del alma, que le dejaba entristecido hasta que le arrullaba nuevamente un benéfico sueño.

El pintor murió primero llevando consigo el porvenir de su alma; el poeta inclinó la cabeza á este nuevo pesar, se amorataron sus labios, cerró sus párpados lentamente, y sus facciones quedaron tan tranquilas como un niño que duerme. Más feliz que su hermano había dejado pruebas de un talento, que le colocará por encima de muchas notabilidades *á la última moda*—permitidme esta espresion.

Este fué Becker: hé aquí lo que ha sido su genio en el siglo que corremos.

Su literatura es la espresion del sentimiento: apartándose de esos profesores de retórica que prescriben en la prosa un tecnicismo clásico, Becker ha levantado por encima de tan rancia escuela, la nueva escuela del arte; la exaltación del espíritu por los medios más naturales del escritor. La poesía siempre será poesía, no olvidará ninguno de sus primorosos atavíos; la prosa se hará cada día más rica, sin perder nada de su antigua magnificencia: para Becker la poesía es la imaginación, la prosa el sentimiento.

Ved, fen resumen, lo que para mí representa Gustavo Becker: leed sus producciones, y referid me á la vez las impresiones propias.



EN NOCHE DE VERANO...



Silencioso está el cielo y despejado,
silencioso está ahora el mar azul,
silencioso está el valle y el collado
y silenciosa tú.

Silenciosas las áuras que respiro
silencioso está todo en rededor,
la choza silenciosa también miro
y silencioso yo.

Y delante de triste sepultura
fervientes murmurando una oracion
estamos, cual el hombre y la natura
silenciosos los dos.



CARMEN.

(Continuacion.)

Y la música delirando tambien, se precipitaba, nos ahogaba de emociones, y nuestras almas se morian, acababan de esperanza.

Llegó un momento en que sus rizos azotaron mi rostro, y llegó un momento en que suspiraron mis labios al roce leve de sus blondos cabellos.

—¡Laureano! me dijo en el lirismo de su amor, y mi voz poderosa tambien, respondió con otro nombre.

—¡Carmen! y acabamos de comprendernos...

Pero, ¿qué es esto? ¿Dónde estamos?... La música se extinguió de repente, las parejas se deshacian, el baile concluyó, y las niñas, sonrosadas de placer, fueron conducidas á sus familias por sus jóvenes galanes.

¡Oh! ¡qué pronto habia concluido aquel vals! ¡lo habian interrumpido sin duda alguna!... Los instrumentos dejaron de vibrar, y tenia que separarme de mi hermosa adorada. Ella sentia como yo aquella interrupcion. Mi brazo cayó de su cintura; apenas pude separarla de mi pecho, y cuando la llevé á su asiento, no pude expresar mi gratitud de ninguna manera.

Yo me senté á su lado y al lado de su madre. Yo la ví al principio agitarse mucho, mucho; despues palpar con menos fuerza, despues apagarse sus ojos, luego desaparecer el color de sus mejillas, quedar pálida, muy pálida, llevar el brazo al brazo del sillón, apoyar en su mano la cabeza, inclinar sus párpados, lanzar un suspiro y despues ¡nada! quedar como una muerta...

—Hija mia, gritó la madre, y cayó á sus rodillas.

Todos se conmovieron. Las niñas, dulces siempre donde hay un dolor, le abanicaron sin descansar un momento: los caballeros corrieron por agua para rociar sus sienes, y yo, yo no me movia, frio, helado, sin oir otra cosa que un zumbido que empezaba á molestarme.

Por fin lanzó un suspiro muy débil, muy vago. Adelanté un paso hácia ella. Iba á postrarme á sus plantas, cuando comprendí mi delirio: pasé la mano por la frente y oprimí con fuerza mis cabellos.

Despues abrió sus ojos y fué mirando poco á poco las personas que le rodeaban. Dió gracias con una inclinacion de cabeza, y al fijarse en mí, pareció recobrar la vida que le faltaba: sus mejillas se tiñeron de rubor, pudo levantarse y hablar algunas palabras con su madre y las señoras de la casa.

Su madre anunció que iban á retirarse. Como su coche no debia haber llegado todavía, la marquesa, solícita siempre para todos sus convidados, mandó poner á su disposicion una carretela. El aire de la noche no podia perjudicarla.

Yo no sé por qué, pero al verla cojer el abrigo para marcharse, sentí un nudo en la garganta, un peso en el corazón. La veia sonriéndome y parecia que me la arrancaban para no volverla á ver: ¿era acaso un presentimiento?

Llegó un momento en que la ví despedirse de todas sus amigas; temia que se marchara sin ha-

blarme, y la madre á la puerta de la salida, me hacia temerlo. Pero ¡no! La ví adelantarse, y me apretó la mano mucho, mucho, mirándome con la angustia del amor.

—¿Volverá usted? la dije temblando de emocion.

—Tal vez, me contestó en voz baja.

—¡Oh, no me abandone usted!

Se ruborizó á mi exclamacion, y no contestó una palabra.

—Entonces, hasta la vista, le dije viendo que nadie me oia, hasta la vista: ¿no es verdad?

—Sí, sí, adios: y me apretó la mano nuevamente y se marchó ligera, ligera, como si temiera que la detuviera por más tiempo.

La ví alejarse, volverse y saludar con la mano á todas sus amigas. Pasó un momento, y el lacayo bajó lentamente la colgadura. Escuché; me pareció distinguir sus pasos en la alfombra, y más tarde el ruido de un carruaje que resbalaba en las piedras.

Eduardo me sacó de aquella vacilacion. Invitéme á pasar al comedor, pero tenia fiebre, pude hacerme comprender, y salí del palacio sin saludar en mi distraccion á la señora de la casa...

Deciros, amigos míos, que sufrí aquella noche, seria repetir el pensamiento que en este momento os ocurre.

(Se concluirá.)

SECCION GENERAL.

NOMBRES DE MUJERES.

VIII.

Puso el Señor de su parte
tanto amor en concebirte,
que el intentar describirte
fuera no más que mancharte.
No existe en tu imagen arte,
y vive tu concepcion;
si te amaran, cual ficcion
acaso te concibiera,
de tu existencia pudiera
analizar la razon.

Mas la frente no se atreve
á darte un soplo tan vago
como el reflejo del lago,
ó lo blanco de la nieve,
ni con el aire que leve
se vá en el bosque á perder;
ni amarte como un placer,
ni sentirte como un duelo,
ni pensar como en el cielo
si se adora á una mujer.

Tu misma imagen se olvida
cuando la concibe el hombre,
y si te quiero dar nombre
es que asesino tu vida.
Si te llamo vas perdida
y jamás te mostrarás;

si es que intento hallarte, irás
no sé por dónde, perdiendo;
tu esencia jamás comprendo,
ni comprendo dónde estás.

Es sin par tu donosura,
y en tu existencia no hay gala,
nadie en belleza te iguala,
y te falta la hermosura.
Eres alma y sin ternura,
eres luz y sin color,
imagen y sin amor,
un fantasma, y no te meces:
á nada, en fin, te parecas,
sin ser tampoco un vapor.

El día que salió nuestro número anterior, tenía lugar una ejecución en la capital de España.

Protestamos como españoles y hombres honrados de este crimen social, que nos ha privado en diferentes épocas de tantas glorias nacionales.

Una observacion. Si residiera entre nosotros en todo el mes que corremos algun extranjero, amigo de criticar las costumbres españolas, ¿qué diría al ver que el 1.º de Enero se llevaban calderos en una procesion, que el 5 se iban á buscar los reyes corriendo por las calles de Madrid, que el 17 se celebraba el santo de un ermitaño, cruzando la calle de su iglesia unas docenas de mulas y caballos y bendiciéndose la paja que habian de rumiar en el establo?

¡Bonito volumen podía publicarse con estas tres festividades!

Ya han empezado por esas calles las serenatas estudiantiles que preceden al Carnaval.

Los pobres muchachos sufren pacientemente el frio de la noche por tener el gusto de saludar á la dama de sus pensamientos, que corresponde á la galantería del mancebo presentándose en el balcon de su casa. La niña escucha las armónicas notas de aquella orquesta en miniatura, rebujada con cuidado en su salida de teatro, y él queda extasiado, helados los miembros, al ver aquella leve sombra porque suspira tanto.

Vean ustedes este espectáculo, y diganme despues si el siglo XIX es tan materialista como malas lenguas pregonan

Nada más delicioso que el periodismo:

Un compañero mio ha tenido el capricho de proponerme para LA VELADA, una seccion especial dedicada á las funciones religiosas que se celebren en Madrid; para esto me suponía recorriendo las puertas de las iglesias con un lapicero y un papel en la mano, tomando los curiosos apuntes que llenarian las columnas del periódico.

Era indudable que en este caso, tendria por lo ménos una suscripcion.

Damos un millon de gracias al *Justiciero* por la oportunidad de su cita.

Creemos que le sobra razon á nuestro caro colega, si nos permite secundar parecer tan apreciable, respecto á la suerte general en nuestra patria, de las publicaciones literarias.

Se anuncia la aparicion de varias revistas y crónicas, dedicadas á la critica de las producciones literarias que vayan dándose á luz desde 1.º del corriente año

Digame V., señor mio: si el palenque está abierto, y los jueces en sus respectivos sitios: ¿tardarán en salir los caballeros?

Hemos examinado la primera entrega del *Almanaque mensual*, que se publica en Madrid desde el 15 de Enero.

Contiene un santoral completísimo, efemérides, un artículo agrícola, seccion científica y literaria, una lámina alegórica del mes, anuncios, etc., etc.

El precio de cada número es un real; basta leer sus condiciones, para augurarle desde luego un número de suscritores muy apreciable.

LOGOGRIFO.

Ya viene mi caballero
de la vega de Granada,
la ciudad del manso río
que en un peñon se levanta.
Montado viene el buen mozo
en su jaca jerezana,
con el lodo á la rodilla
y sin aliento en sus ansias.
De rico metal orlado
vienen sus valientes armas;
con oro lleva su jaique,
muy costoso en nuestras fábricas.
Su acento al verme es más dulce
que un trovador de cristiana,
y el brillo de aquellos ojos
lleva tras de si las almas.
No pregunte el caballero
que en esta ciudad descansa
si al verle á su lado triste,
por fin le quiere la esclava.
Que si hacía él se apresura,
es que hace tiempo le aguarda;
pues la union con un guerrero
dicha es de moras honradas.

SOLUCIONES.

Nombres de mujeres: VI.—Blanca.—VII. Rosa.
Charada: Amante.

MADRID.—1873.

IMPRESA DE LA ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR,
Calle del Colmillo, número 3.